

## EL NIÑO RARO (Recuerdos de una maestra)

MARISOL DORAO

No recordaba exactamente cuándo le vi por primera vez: su presencia me había pasado inadvertida. Pero fueron tantas las cosas que hacía de modo diferente a los demás, que empezó a intrigarme. Y, sin embargo, era lo que vulgarmente se llama «del montón»: ni más alto, ni más bajo, ni más guapo, ni más feo que los demás.

Eso sí: tenía una manera de mirar extrañamente serena, de una madurez impropia de sus nueve años. Y unos ojos oscuros, muy brillantes, como las aguas de un río, por la noche, a su paso por la ciudad.

Era tranquilo; nunca se excitaba. Solía ser amable con sus compañeros, pero aquella pasividad, aquella ausencia de emociones, ponía nerviosos a los demás.

—¡Tú lo que eres es un imbécil!— oí que le gritaba uno en el recreo. Y pensé: «Ya está. Ahora es cuando le va a dar la bofetada».

Pero no. El niño raro levantó hacia el otro sus ojos serenos y dijo tranquilamente:

—No, no lo soy. Si miras mi ficha podrás comprobar que tengo un coeficiente de inteligencia completamente normal.

Y siguió jugando a la pelota. A la salida de clase me hice la encon-tradiza con él. Hablando de otras cosas, salió el comentario de la discusión del recreo.

—Por un momento, creí que le ibas a pegar. Me alegró mucho que no lo hiciesas.

—¿Pegarle? ¿Por qué?— la sorpresa parecía auténtica.

—Te había insultado. Creí que ibas a sentirte ofendido...

—¿Por qué iba a ofenderme una equivocación de otro? El me llamó algo que yo no era. ¿Usted se sentiría ofendida si le llamasen, por ejemplo, electricista? Pues lo mismo.

Confieso que no supe reaccionar, y me quedé callada. El continuó:

—A mí me han enseñado que eso que ustedes llaman «insultos» sólo molestan verdaderamente si uno está dispuesto a dejarse insultar. Pe-

ro si uno los toma como lo que pueden ser, o sea, como equivocaciones, pues ya ni molestan. ¿Comprende?

Nosotros... ellos... ¿quiénes? ¿Quién le había enseñado a aquel niño aquellas cosas tan peregrinas?

Yo no podía evitar observarle como se observa a un extraño ejemplar de otra especie.

—... y entonces mi madre me castigó a no ver la televisión en una semana... — estaba contando uno de ellos.

—Uy, qué castigo más especial... — comentó el niño raro. Y se echó a reír, cosa poco frecuente en él.

—¿Qué tiene de especial que a un niño se le prive de una diversión? — intervine yo.

—En mi país, la televisión no es una diversión. Es... un elemento de comunicación, como el teléfono, por ejemplo. Sirve para transmitir programas educativos, clases de idiomas, enseñanzas a personas que viven en sitios apartados... no sé, sería un poco como si le prohibiesen a uno abrir la ventana o ponerse los zapatos. Pero una diversión...

—Entonces, en tu país, ¿cómo os divertís?

—Pues montamos en bici, patinamos, pescamos, qué se yo... hay miles de cosas más divertidas que sentarse delante de una pantalla, quieto, a ver cómo los otros hacen las cosas...

En mi país... allí, de donde yo vengo... en mi otra escuela. No sé porqué, pero a ratos me hacía pensar en el principito de Saint Exupéry.

La curiosidad me hacía tirarle de la lengua. Y, a veces, me colocaba inconscientemente en contra de él, como si él fuera un enemigo. Recelaba de aquella madurez, de aquella sensatez, de aquel estar de vuelta de todo...

Sabía coser botones, y preparar dobladillos, y freír huevos, y hacer bizcochos, y arreglar enchufes...

—Es que en mi otra escuela aprendíamos todo eso...

—¿Todos? ¿Los niños y las niñas?

—Sí, claro, todos. ¿Por qué no íbamos a aprenderlo todos?

Uno se echó a reír.

—Anda, mira, sabe coser como una niña, qué risa...

El no se inmutó.

—Y andar como una niña, y mover los dedos como una niña, y leer como una niña, y respirar como una niña...

Un día creí cogerle en una contradicción, y (lo confieso avergonzada) me encantó.

Estaba yo hablándoles de que tenían que ayudar a su madre en ca-

sa, todos, los niños y las niñas, sin discriminación: hacer camas, barrer suelos, fregar platos...

—Y me sorprendió no contar con su apoyo.

—Pero, señorita, eso no es tarea de hombres...

Me indigné.

—¿De modo que ahora me vas a salir tú con aquello de las tareas de hombres y las tareas de mujeres? Pues vaya...

—No, señorita. Cuando digo hombre quiero decir ser racional. El sexo es lo de menos. Es que eso es tarea de máquinas...

En «su país» había máquinas para todo. Para todo lo que fuera maquinaria, claro. Había que ahorrar tiempo y energías para el cerebro.

A veces se quedaba, al terminar la clase, cuando todos se marchaban, y me ayudaba a poner los pupitres en orden.

—¿Me puedo quedar a ayudarle?

A mí me encantaban aquellas ocasiones de enterarme de más cosas de él. No era muy explícito sobre su origen. Siempre hablaba de «su país» de una manera vaga, sin darle nombre, ni situación; pero un día dijo:

—Es una... quiero decir, es un país que...

Me chocó el empleo del femenino, pero hasta mucho tiempo después no volví a pensar en ello.

—Es gracioso; en esta escuela, con la cantidad de asignaturas que hay, a las que menos importancia se les da es a las que más importancia se les daba en mi otra escuela...

—¿Cuáles eran las más importantes en tu otra escuela?

—Allí no se les da tanta importancia a las matemáticas, ni a la historia, ni a la literatura. En cambio se le da mucha más a la lengua, a la lengua propia y a las lenguas extranjeras, porque es una manera de fomentar la comunicación. Aquí (y eso se lo he oído decir a los mayores) se da un poco de lado a la religión, a la política, a la gimnasia; y hay otras que se toman poco en serio, como la música, los trabajos manuales, el dibujo... que allí son fundamentales y las aprenden hasta los más pequeños. En mi otra escuela, dos de las más importante eran, precisamente, la gimnasia y la política. Todos los niños tenían todos los días por lo menos una hora de gimnasia, aparte del deporte; la natación era una asignatura obligatoria. La política se llamaba «Convivencia», y estudiábamos la forma de convivir de las demás civilizaciones, antiguas y modernas. Era muy entretenido. En cierto modo, era como lo que ustedes llaman «Historia». También ahí entraba el estudio de las diferentes religiones del mundo...

—¿Qué religión es la tuya?

Pero su respuesta era siempre muy ambigua. No quería hablar de ritos ni de dogmas: prefería hablar de ideas y de costumbres.

—Pero ¿tú vas a misa los domingos?

—Mis padres me han dicho que, donde esté, haga lo que hacen los demás, y que respete siempre las ideas de los otros...

«Mis padres me han dicho...». Hablaba siempre de ellos con un respeto envuelto en cariño y admiración. Nunca hacía ruido en clase porque sus padres le habían dicho que no se debe molestar a los demás mientras trabajan. Nunca tiraba un papel al suelo porque sus padres le habían dicho que había que cuidar el sitio donde se vive...

—¿A ti nunca se te ha ocurrido hacerle una raya a la tapa del pupitre?—. Confieso que, a veces, tanta seriedad me sacaba de quicio.

—No ¿para qué? Si hago daño a un objeto de mi civilización, a la larga me hará daño a mí mismo.

Creo que llegué a adivinar el secreto de sus buenos modales. Aquel niño sabía *porqué* hacía las cosas: no era solamente «porque sus padres se lo habían dicho». El sabía que no se lo habían dicho «porque sí». Todo tenía sus motivos, y él los conocía. Probablemente nunca había tenido que enfrentarse con aquello de: «Ay, Dios mío, qué niño tan pre-guntón. «Por qué, por qué, por qué».. ¿Es que no sabes decir otra cosa. Pues porque yo lo digo y sanseacabó. Pues no faltaba más».

Después de las vacaciones de Semana Santa no volvió. Yo pregunté por él en todas partes y a todo el mundo, pero nadie sabía nada. En la dirección que teníamos de él en su ficha me dijeron que era un sobrino lejano de la señora, que no sabían dónde vivían sus padres, que un día lo trajeron, y otro vinieron a por él y se lo llevaron.

Y yo me quedé pensando, pensando... y llegué a la conclusión de que había venido de otro planeta, sabe Dios a qué. Aquella serenidad, aquella madurez (aquel femenino: ahora sé que en vez de «país» estuvo a punto de decir «galaxia») eran indicio de una civilización superior, que ya había superado nuestros fallos. Aquella «otra escuela» suya, donde se aprendía de todo, donde el niño salía convertido en un adulto consciente, en un ciudadano útil...

Por las noches, en verano, me quedo mirando al cielo, tratando de averiguar cuál será su planeta:

—¿Por qué no quisiste nunca decirme el nombre de tu «país»? Me hubiera gustado tanto conocer tu «otra escuela»...